

RESEÑA

Cervantes, Fernando, «*Conquistadores*». *A new history*, Allen Lane, Londres, 2020, 512 páginas. ISBN 978-0-241-24214-8.

DOI: <https://doi.org/10.5565/rev/nueind.76>

BERNAT HERNÁNDEZ

(Universitat Autònoma de Barcelona)

Como nueva muestra de esa espléndida capacidad de síntesis tan característica del mundo editorial británico, se acaba de publicar este libro sobre la conquista y colonización del Nuevo Mundo. Profesor en la universidad de Bristol y vinculado al Instituto Bartolomé de las Casas de los dominicos de Oxford, Fernando Cervantes cuenta con una amplia producción, de la que se tradujo al español hace unos años *El diablo en el Nuevo Mundo. El impacto del diabolismo a través de la colonización de Hispanoamérica* (Herder, 1996; publicado originalmente en 1994). Ha sido responsable también de los volúmenes colectivos *Spiritual encounters. Interactions between Christianity and native religions in colonial America* (1999, coeditado con Nicholas Griffiths); y de *Angels, demons, and the New World* (2013, en codirección con Andrew Redden). Esta última obra logró una perspectiva hemisférica original gracias a las especializaciones respectivas de los coordinadores en los virreinos de la Nueva España y del Perú.

El subtítulo ciñe metodológicamente el libro en la línea de la «nueva historia» de la conquista, caracterizada por la superación del relato épico, *événementiel* y prosopográfico. Con nuevas aportaciones a partir de una perspectiva desde abajo, menos focalizada en las trayectorias de héroes individuales y asumiendo la pluralidad de las huestes de conquista (europeos de diversa procedencia, condición y sexo, negros, mestizos, e incluso indios conquistadores), gracias al uso de las relaciones de méritos y pro-

banzas individuales como complemento de las crónicas canónicas y de los archivos oficiales, así como a la consideración de las fuentes indígenas y el aprovechamiento de los avances interdisciplinarios, desde la arqueología a los estudios culturales. Sin embargo, a diferencia de los trabajos recientes de Matthew Restall, W. George Lowell o Felipe Fernández Armesto, el libro de Fernando Cervantes destaca por su extensión. Más de medio millar de páginas parecen objetar nuestra valoración de considerarlo un volumen de síntesis. En realidad, nos reafirmamos porque está bien redactado a manera de suma bibliográfica y documental muy actualizada; y porque inserta los acontecimientos americanos en un contexto mundial desde fines del siglo xv a mediados del siglo xvi.

La cronología propuesta por el autor es poco habitual. A grandes rasgos, se dibuja entre los antecedentes del Occidente bajomedieval que impulsaron la expansión atlántica y la crisis del primer sistema de colonización en América con la suspensión de las guerras de conquista hacia 1550, eco indudable de la publicación y luego difícil aplicación de las Leyes Nuevas de 1542. Estos años centrales del siglo xvi fueron un momento de inflexión, con el surgimiento de modelos socioeconómicos de explotación y colonización del Nuevo Mundo que fueron marginando la hegemonía bélica de los conquistadores y sus proyectos semif feudales. Los lapsos temporales y los protagonistas están acompasados y otro motivo recurrente de la obra es la matización frente a los tópicos sobre personajes o sobre la narración de principales episodios, cuyas interpretaciones historiográficas dispares son expuestas y puntualizadas, aunque este procedimiento demore ocasionalmente la lectura por estas largas digresiones de contraste.

La primera parte («Discoveries, 1492-1511») expone con precisión los retos constantes a que se enfrentaron los conquistadores del Nuevo Mundo. En primer lugar, un contexto internacional, y no meramente hispánico o americano, con influencias persistentes, como se percibe en el análisis de las motivaciones de los viajes oceánicos, el papel del Almirante de origen incierto o las vicisitudes de los primeros asentamientos en La Española y el entorno antillano. En segundo lugar, como se aborda en el capítulo cuarto («A question of justice»), el peso de la autocrítica de la práctica imperial desde la primera experiencia del trato

con los indígenas. En el nacimiento y funcionamiento de los virreinos que organizaron el continente en los siglos posteriores está la trascendente «duda indiana» sobre el lugar del indio y la legalidad de la guerra de conquista militar. El discurso de Montesino antecedió a las Leyes de Burgos y configuró asimismo la praxis del requerimiento que intentó, no del todo infructuosamente, disciplinar la nueva guerra que se condujo en el mundo americano.

«Conquests, 1510-1533», que incluye nueve capítulos, desde la invasión de Cuba a los sucesos de Cajamarca, aborda el período clásico de los conquistadores, con el control de los territorios aztecas e incas en los espacios mesoamericanos y andinos. Victorias y reveses se leen en unas páginas que aportan síntesis e interpretación. Son examinadas cuestiones como la colaboración primordial del mundo indígena como conquistador, y clave del triunfo español en México, Guatemala y los Andes; los cambios de bando de las fuerzas nativas y españolas en conflicto; los frecuentes episodios de enfrentamientos entre las mismas facciones españolas; la heterogeneidad étnica de los contingentes, de identidades cada vez más entrelazadas por la imponderable magnitud de los mestizajes. El punto de vista indígena es asumido menos de lo que los etnohistoriadores seguramente preferirían, pero se acomoda a una visión muy actual de la conquista como un proceso militar complejo, con escasas batallas de entidad y con fuerzas mayoritariamente indígenas enfrentadas entre sí.

De esta segunda parte, conviene destacar el acierto de los capítulos dedicados al «señuelo (*lure*) de la China» (capítulo 7) y a los proyectos de gobierno, del «gran canciller» (capítulo 10). El Nuevo Mundo se hizo realmente continental con la orientación hacia el mar del Sur, el Pacífico, que permitió el resurgimiento de unos imaginarios en torno al oro y las especias que condujeron al Perú y a las Filipinas, en un afán de dar cumplimiento a las aspiraciones de los empresarios de la conquista (el proceder mercantil de los Pizarro resulta ejemplificador) y, asimismo, solucionar la falta de recursos económicos de la Monarquía, emplazada ya en las guerras de religión de Europa. Junto al mundo de las armas, son modélicas las páginas que dedica Cervantes al rol de las órdenes mendicantes y del clero en la creación de la sociedad indiana, con unas referencias muy precisas a los debates teológicos y a la diversidad de las

prácticas de misión, destacando oportunamente la discrepancia en los procedimientos, los fracasos o éxitos colectivos y las experiencias individuales de aculturación.

La tercera parte, titulada significativamente «Disenchantment, 1533-1542», se compone de tres capítulos («Cusco», «Mango Inka» y «The end of a era»). ¿Un desencanto de los conquistadores y el fin de la conquista tan tempranamente? Es una tesis que goza cada vez más de mayor consenso historiográfico, aunque los relatos de la literatura de época y, sobre todo, el aluvión de probanzas individuales de estas fechas, siguieran tozudamente durante algunas décadas más alentando un discurso laudatorio de la trascendencia de los caudillos de la guerra de Indias y de la presentación de la conquista como un paseo militar que laminó los pueblos americanos. Conquistadores de todo origen, no lo olvidemos, incluso indígenas, pues se fechan concretamente a mediados del siglo la preparación y envío a la corte del denominado *Códice de Tlaxcala* o del *Lienzo de Quauhquechollan*, luego reelaborados en la década de 1580, como documentos de referencia del papel de reivindicación de los nativos como agentes en el proceso de sometimiento a la Corona del mundo mesoamericano. Drásticamente, sin embargo, mediada la centuria, eran ya sombras de lo que fueron. Con el comienzo del reinado de Felipe II se iniciaba el proceso de desmovilización militar y luego de marginación de los grupos de poder que habían encabezado la conquista. Mientras se fijaban territorialmente los límites del mundo virreinal hispanoamericano del siglo XVII, las Leyes de Indias despejaban el horizonte de la futura *Pax Hispanica* que satisfacía los deseos de las nuevas élites criollas y arrumbaba al partido de conquistadores y encomenderos.

Fueron estas élites criollas las que diseñaron en interés propio la sociedad colonial consolidada, con una actuación ampliamente autónoma respecto de las directrices del Consejo de Indias y del mundo peninsular. De la misma manera que Cervantes denuncia las simplificaciones que se han hecho sobre los conquistadores, también subraya las responsabilidades menores de los poderes metropolitanos en el ejercicio de una presunta opresión colonial plurisecular que estaría en la raíz de las condiciones de injusticia y desigualdad sufridas por las repúblicas latinoamericanas desde las emancipaciones del siglo XIX hasta el presente.

Como la Monarquía católica administraba desde la distancia metropolitana, el español fue también un modelo de imperio de poderes desagregados y con limitada capacidad de gobierno efectivo sobre los nuevos mundos americanos y asiáticos.

Pero la cuestión a rebatir por el autor son los estereotipos de los conquistadores. Y las referencias abundantes le sirven para presentarlos como seres humanos del siglo xvi, lastrados por la avidez, la violencia, las angustias, el miedo o la desesperación. Los regalos recibidos de los nativos y cualquier noticia que llegara a sus oídos suscitaba ambiciones sin fin, pero también desconfianzas y dudas ante una realidad incomprendible, o sólo accesible mediante la colaboración y dependencia de los nativos (desde las *lenguas* al papel mediador de las mujeres indígenas y los caciques). Para el autor, normalizar la realidad de los conquistadores en su época y motivaciones no es pretender reivindicarlos, sino ubicarlos mejor y, con ellos, también las sociedades y culturas que fueron destruyéndose y surgiendo simultáneamente en tierras americanas. La historia de los conquistadores no se ha falseado, pero se ha pintado en demasiadas ocasiones como simple historia en blanco y negro. La responsabilidad de las atrocidades, las masacres, las torturas, las esclavizaciones o los bautismos forzados, no puede atribuirse en exclusiva a un conquistador europeo clásico que no existió, por más que resulte una explicación fácil para esa realidad socioeconómica surgida en el Nuevo Mundo, que distó lógicamente de encarnar nuestros valores actuales. El fin de la conquista no conllevó la justicia, al menos en los términos contemporáneos. Pues, como escribiera Spinoza, «si hay que llamar paz a la esclavitud, a la barbarie y a la soledad, nada hay más miserable para los hombres que la paz», nada más injusto que las sociedades históricas del siglo xvi en el Viejo y el Nuevo Mundo.

El libro nos suscita una última reflexión a partir de las semblanzas excelentes que se trazan de los protagonistas, más o menos destacados o anónimos, que pueblan sus páginas. Si el resplandor sobrehumano de los antiguos conquistadores heroicos queda disipado, también los nativos pierden la consideración exclusiva de víctimas de la crueldad europea. La presentación realista de Moctezuma y, en particular, de un cruel y sanguinario Atahualpa son un buen antídoto para los tópicos de

la pasividad, el fatalismo deprimente o la bondad intrínseca de los indígenas. Aunque esta disección de personalidades y motivaciones nos exponga el frágil equilibrio entre realidades y representaciones históricas. En este sentido, del elenco bien escogido de ilustraciones de la obra (sin duda, otro de los méritos de este libro), detengámonos en el retrato del africano Juan de Pareja, realizado por Diego Velázquez a mediados del siglo xvii. Es un buen reflejo del colectivo multiétnico que caracterizó a la sociedad española del Siglo de Oro y a las huestes de la conquista, así como de la relevancia posterior de lo africano en el Nuevo Mundo. Podemos observar detenidamente ese cuadro, conservado en el Met de Nueva York, y captar la dignidad de la representación del esclavo de marcados rasgos étnicos y tez morena, un ejercicio magistral para el posterior retrato de Inocencio X. Pero también podemos confrontar esa representación con el autorretrato de Juan de Pareja en *La vocación de San Mateo*, expuesta en el Museo del Prado. Las facciones suavizadas con que se pintó a sí mismo, con el color aclarado de su rostro, la mirada orgullosa o el gesto soberbio mientras sostiene el pedazo de papel con su firma de autor, nos aperciben de lo imprudente que sería valorar a Pareja sólo en términos de su presunta identidad étnica, y no de su propia percepción y de su proceso biográfico de construcción de una identidad y personalidad públicas de acuerdo con un conjunto de estándares hegemonícamente aceptables. Del mismo modo, por más que nos empeñemos en dar verosimilitud al discurso épico sobre los conquistadores, acabaremos topando con la realidad de su mediocre condición humana, con sus deméritos y fracasos o sus virtudes y grandezas.